

Los complejos de mi abuela.

Ariadna Santos Guerrero

Image not found.

Capítulo 1

—¡Qué gorda estás, hija!

Eso era lo que me decía ella cada vez que entraba por la puerta de su casa. Mi abuela había empezado a recibirme así cuando iba a visitarla.

La primera vez que me lo dijo, me quedé petrificada. No supe ni qué decir. Recuerdo que empezó a emanar de mi un calor abrasador, como si mi cuerpo hubiera querido ponerme a sudar para bajar todos mis kilos de más.

Creo que me puse roja de la vergüenza, porque lo que decía, era cierto.

Había engordado diez kilos en un año, para cuando me di cuenta el “problema” era demasiado tarde.

La segunda vez que me lo dijo, traté de justificarme sin mucho éxito. Le dije que con el tema del coronavirus no podía hacer gran cosa, pero que intentaba moverme por casa.

Ella, tan extrovertida y andaluza, me dijo:

—Ya — contestó con cierta picardía —, eso es porque comes demasiado. Lo que tienes que hacer es comer menos, que estás echando mucho culo.

Ese día me fui a mi casa muy abatida. Y me metí entre pecho y espalda media tableta de chocolate.

Esta semana he ido a verla de nuevo, a estas alturas ya debería saber qué me espera, pero sigo con la esperanza de que me dedique unas palabras amables. Aunque sea un “Hola, preciosa”, como los que me dedicaba antes. Me vale todo.

Yo tenía entendido que las abuelas siempre te ven delgada. Que nunca se fijan en tu físico porque para ellas eres perfecta. Y sin embargo para mi abuela soy algo parecido a una bola de grasa con patas.

Antes de irme de vacaciones con mis padres durante un mes entero — que eso daría para otro relato — fuimos a visitar a mi abuela. En mi familia es costumbre despedirse cuando uno se va lejos durante cierto tiempo. Nosotros nos íbamos a un pueblo costero del país cerca de la frontera con Francia.

Después de pasar una tarde muy agradable con ella y mi abuelo, al irnos,

se me acercó a darme dos besos.

En ese momento vi su intencionalidad en los ojos:

—A ver si ahí arriba pierdes peso — dijo al acabar de darme los besos.
—¡Ni se te pase por la cabeza venir aquí más gorda!

Ese verano intenté no tomar mucho azúcar.

Durante una temporada, dejó de decirme cosas. El tema del coronavirus estaba siempre en las noticias y yo volvía a importar poco, afortunadamente.

Pero eso terminó hace dos semanas.

No contenta con que ella recalcara mi gordura, mi tía, también lo hizo. Ahora no solo tenía que soportar los comentarios hirientes de mi abuela, sino que tenía que lidiar con ese frente unido que decía en alto todo lo que yo intentaba ocultar. Ponían en palabras todo lo que ya sabía.

Que estaba gorda.

Esa noche, me puse a llorar delante del espejo.

Yo sabía que había engordado, y mucho. Me veía cada día en el maldito espejo y mi cabeza me recordaba lo fea que me había puesto. Incluso la idea de no comer empezaba a sonar demasiado bien. Afortunadamente, la descarté enseguida de mi cabeza.

Fue entonces cuando tomé una decisión: no volver a verla. No al menos hasta que perdiera algo de peso.

Así que las semanas pasaron y los kilos no bajaron. Me pasaba los días sentada en el sofá, machacándome con mis propias críticas y comiendo chocolate por la noche para no irme a dormir triste.

Eso era un círculo vicioso. No hacía nada de deporte porque estaba triste, así que comía chocolate para animarme un poco, para luego, sentirme culpable por comerlo.

Y así hasta el infinito.

El punto de inflexión vino cuando me llamó mi madre para preguntarme cómo estaba.

—Hace mucho tiempo que no vas a ver a la tía — me dijo mi madre —.

El otro día que fuimos no paró de preguntarme por ti.

—¿Ah sí? — pregunté sin mucho interés.

—Sí, a tu padre y a mi nos dijo que no la llamabas y que no sabía nada de ti.

Bueno, ella tampoco me llamaba. Y yo no iba a hacerlo. ¿Para qué? ¿Para que me lo dijera por teléfono? No, gracias. Antes prefiero hablar con alguna compañía telefónica, al menos me alabarían por ser tan inteligente al tomar la decisión de contratar sus servicios.

—Vaya — contesté desganada —, dile que ya la llamaré.

Mi madre se quedó callada durante un instante al otro lado de la línea. Su sentido arácnido le decía que había algo malo.

—¿Te pasa algo? — preguntó preocupada.

Nunca falla. Si se entrenase un poco, yo creo que podría predecir huracanes.

—No tengo ganas de ir a verla — confesé. Ella resopló —. No hombre, es que cada vez que voy me llama gorda. Pues dejo de ir y se acabó el problema.

—Pues si te dice gorda, tú le dices que ella también lo está.

Mi madre encuentra soluciones demasiado rápido. Otra cosa es que funcione.

—No pienso decir algo así — dije algo escandalizada —. Cuando me encuentre con mejor ánimo iré, mientras tanto no.

Ella volvió a resoplar.

—Yo no sé porqué te dicen estas cosas...

—¡Pues porque son ciertas! — exclamé. Cada vez que me pongo nerviosa se me agudiza la voz. Como el chillador de un perro.

—Pero cariño, tú no estás gorda — contestó ella, calmada —. Sí que has cogido algo de peso, pero mientras no pases de 65 kilos, todo va bien.

—Pues peso 66,6. El número del diablo, así que tú dirás.

Otro silencio. Me faltaba poco para las lágrimas.

—¿Y qué estás comiendo para aumentar tanto de peso?

Otra vez.

—No se trata de eso — la garganta ya me dolía demasiado —, se trata de que no me muevo porque me odio. No me gusto.

—Ay, cariño... — se compadeció —. Quizás deberías buscarte una faena fuera para no pensar en estas cosas.

Fue en ese momento cuando no pude soportarlo más.

—Mira mamá, voy a colgar. Adiós.

Estuve un buen rato llorando.

“Para no pensar en estas cosas”

¿Es que solucionarlo no entra en los planes?

Estuve trabajando en una tienda, si bien es cierto que las horas que trabajaba en ese sitio no pensaba en casi nada, pero luego al llegar a casa sí.

¿De qué servía si luego me seguía machacando igual?

Me di cuenta de que nadie entendía nada, y que no podía esperar que lo entendieran. Así que, con ayuda de mi psicóloga, empecé a conectar con mi cuerpo de nuevo.

Lo tocaba, lo miraba, lo dibujaba, lo movía... ¿Me gustaba? No, pero aprendí a no odiarlo. Al menos no tanto.

El proceso es largo, muy largo, pero poco a poco.

Ayer fui a visitar a mi abuela. Mi abuelo me abrió la puerta y me dijo que se estaba vistiendo.

Me acerqué a su habitación para esperarla. Vi que la puerta estaba entreabierta y miré a través. Entonces la vi mirarse en el espejo con la ropa interior. Se tocaba la barriga y se miraba la piel con desaprobación.

Fue entonces cuando lo entendí todo.

No tardó ni dos minutos en salir. Cuando me vio, me miró de arriba abajo

y me dijo:

—Cada día estás más gorda.

Yo sonreí, complaciente.

—Y tú cada día estás más guapa.